

# Reconozcamos Y Agradecemos Con Gozo La Providencia Divina

Martín Lutero

Sermón para el 12° Domingo después de Trinidad.

Fecha: 8 de septiembre de 1538.

*Texto: Marcos 7:31-37. Volviendo a salir de la región de Tiro, vino por Sidón al mar de Galilea, pasando por la región de Decápolis. Y le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que le pusiera la mano encima. Y tomándole aparte de la gente, metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua; y levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto. Y al momento fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien. Y les mandó que no lo dijeren a nadie; pero cuanto más les mandaba, tanto más y más lo divulgaban. Y en gran manera se maravillaban, diciendo: Bien lo ha hecho todo; hace a los sordos oír, y a los mudos hablar.*

1. La creación entera nos invita a dar las gracias al Creador. Al maravillarnos de los milagros pequeños, no nos olvidemos de los milagros mayores.

El Evangelio de hoy nos habla del milagro que Jesús hizo en un hombre que era sordo y además tartamudo, dos plagas que, como se sabe, siempre aparecen juntas. Como todos los demás milagros que hizo Jesús, también éste tiene una finalidad claramente definida: el Señor quiere llevar al hombre a una fe genuina, y apartarlo de la incredulidad. Comparado con los milagros que Dios obra todos los días, el de la curación del sordomudo es de relativamente poca importancia. En efecto: a diario nacen niños que carecen no sólo de la capacidad de escuchar y hablar, sino incluso de un alma racional, y en el transcurso de un año se los provee de todo esto: alma y cuerpo, capacidad de hablar y escuchar, etc. Por tratarse de un milagro tan común, ya no se le da importancia. No hay casi nadie en el mundo que le dé las gracias a Dios por el hecho de que su lengua, su oído y su vista estén en buen estado de funcionamiento. ¿Dónde están las personas que durante cincuenta años gozaron de una vista excelente, y que se lo hayan agradecido a Dios desde lo profundo del corazón? ¿Cuántos son los que se alegran de un milagro tan grande? Muchos se asombran del milagro de sanidad que Jesús hizo con el hombre aquel a quien le dio el oído y el habla. Pero de que ellos mismos tengan la facultad de oír y hablar — de esto no se asombran. Por medio de aquellos milagros menores, Cristo nos abre los ojos y el entendimiento para que podamos comprender sus milagros máximos; pues todo el mundo es sordo por cuanto no logra entender cuánto hay de verdaderamente milagroso en su alrededor. Se dice que Pitágoras sostenía que los astros, al recorrer su órbita, producen un canto y una armonía

tal que si uno tuviera órganos de percepción adecuados, escucharía una música de singular belleza'. Si el hombre no fuera tan ciego, vería en la bóveda celeste prodigios tales que le harían morir de puro gozo. De este modo, la creación entera canta en mil lenguas la gloria del Creador, y todo hombre tiene dos ojos para ver y dos orejas para oír.

La lengua, los oídos y los ojos deben alabar los dones de Dios.

Por todos estos dones debiéramos dar gracias a Dios con alegría. Pero así como los hombres no oyen aquellos sonidos de los astros, tampoco ven estos milagros cotidianos. Es por ello que nuestro Señor a veces no le concede a un hombre el don de la vista o del habla, para que se vea qué tesoro más precioso es poder hablar y oír; y así nos quiere despertar y estimular a la gratitud. Pero es en vano; por tenerlos a mano todos los días, los dones de Dios nos dejan indiferentes. Lo mismo ya lo hace notar San Agustín. Todas las criaturas nos exhortan en alta voz a que estemos agradecidos a Dios y digamos: "Bien lo ha hecho todo", como leemos en la parte final de nuestro Evangelio. Nosotros, en verdad, tenemos un oído más noble y más excelente, y también una capacidad de hablar mucho más desarrollada que aquel hombre, pues nosotros poseemos estos dones ya desde el seno de nuestra madre. Esto debiera movernos a la gratitud, ya decir: "Gracias te doy, oh Dios, porque me has dado oídos tan agudos y una lengua tan ágil". Pero por desgracia, nosotros no somos tan agradecidos como lo fue aquella gente que dijo: "Bien lo ha hecho todo". Antes bien, somos "como el mulo, sin entendimiento" (Salmo 32:9). Por otra parte, ¿para injuriar a Dios, y para blasfemar de él, para esto nuestra lengua no es nada perezosa, ni lo es para difamar al prójimo y causarle daño, para maldecir a Dios y condenarnos a nosotros mismos! ¿O acaso recibiste tus oídos para que el oír la palabra de la verdad te produzca hastío, y en lugar de ello prefieras escuchar a quienes la desacreditan? No, amigo mío, para esto no se te han dado oídos y lengua, sino para alabar a Dios como lo hicieron las personas de que nos habla el Evangelio. No blasfemar, sino cantar al Señor y darle gracias con gozo: esto es lo que la lengua debe hacer. Y los oídos por su parte han de servir con alegría al prójimo y a Dios. Quien usase de esta manera los órganos que le han sido dados, el tal experimentaría la verdadera "alegría en Dios". Sin embargo, el diablo impide todo esto, más aún, lo convierte justamente en lo contrario, de modo que en vez de usar los oídos y la lengua para la alabanza y el agradecimiento, abusamos de ellos para blasfemar contra Dios, para causar daño a nuestro prójimo, y para acarreamos a nosotros mismos la condenación.

2. La ingratitud del mundo hace caer sobre éste el juicio de Dios. Haciendo oídos sordos ante la bondad de Dios, el mundo deshonra los dones divinos.

Es por esto que Cristo entona su "Efata", es decir: "¡Ábrete de una vez!" Si tuviéramos ojos para ver y oídos para oír, el trigo nos diría: "¡Regocíjate en el Señor, come, bebe, úsame para ti mismo y también para servir a tu prójimo! Yo te llenaré tus depósitos". Asimismo nos hablan las vacas cuando salen a los campos de pastoreo y luego vuelven al corral. Si yo no fuera sordo, las oiría decir: "Alegraos, porque nosotras os traemos manteca y queso; comed, bebed, y haced participar a los demás." También las gallinas con su cacarear nos exhortan: "¡Alegraos, que nosotras os proveeremos de huevos!" Y las aves cantan: "¡Alegraos, pronto tendremos pichoncitos!" Así también me alegro al oír el gruñido de los cerdos, que me hace pensar en la sabrosa carne y las salchichas que nos dan. Todas las criaturas de Dios hablan con nosotros. Por

lo tanto, cada uno debiera pensar: "Disfrutaré lo que Dios me ha regalado, y lo compartiré también con otros; de todos modos, por darle algo a mi prójimo necesitado, no me moriré de hambre."

Pero el maldito Satanás no lo permite; de otra manera, la gente, oiría cómo Dios les habla a través de sus criaturas. En lugar de esto, todos piensan en cómo conseguir más y más. Y esta avaricia tiene la culpa de que los dones divinos estén criando moho. Si pudiésemos vender a nuestro prójimo una mísera fanega de trigo a precio de oro, con mucho gusto lo haríamos. Así nos arruinamos a nosotros mismos la alegría con nuestro afán y nuestra avaricia, y deshonoramos con ello a nuestro Dios, como si él no fuera capaz de darnos el sustento necesario. Los campesinos hacen como si estuvieran a punto de morir de hambre. El regocijo por los dones de Dios es cosa desconocida para ellos; en cambio, se deleitan en perjudicar a sus prójimos, al igual que aquella gente de Jerusalén a la que todos maldecían, y con justa razón, por su desvergonzado e impaciente afán de "achicar la medida y subir el precio". Lo mismo sucede hoy en día; no se piensa en otra cosa sino en causar daño a los demás, y en echar veneno y pestilencia sobre los dones de Dios.

Dios castiga al mundo privándolo de sus dones.

Con tal actitud, sin embargo, el mundo atrae sobre sí el juicio divino. La terrible peste porcina de estos días es una señal vidente de ello. Y no sería de extrañar en absoluto si nuestro Señor acabara con todo y no hiciera prosperar nada. Es únicamente su bondad insondable lo que le impide actuar en la forma como tu impío afán y tu avaricia lo merecerían. Si él te diera lo que mereces, ya verías a qué conduce la avaricia. En tiempos de Joram, cuando vivía Elíseo, hubo una época de hambre que duró siete años. Murieron innumerables personas, y no quedaron más que cinco caballos. Acabáronse entonces las oraciones de acción de gracias después de la comida. Madres hubo que devoraron a sus propios hijos. Si tal desastre nos sobreviniera a nosotros, ¿qué haríamos? No cabe duda: lo tendríamos bien merecido. No somos dignos de oír trinar a un pájaro o gruñir a un cerdo. Somos como los ídolos de los paganos, de los cuales dice el Salmo (114:5 y sigs.): "Tienen boca, mas no hablan; tienen ojos, mas no ven; orejas tienen, mas no oyen". Los que se comportan como desagradecidos y avaros, son semejantes a aquellos ídolos, es decir, tienen ojos, mas no ven los dones divinos; tienen orejas, mas no oyen lo que las criaturas de Dios les dicen. Éste y no otro es el caso de los habitantes de las ciudades y de los campesinos de hoy día. No sirven a Dios, ni tampoco se sirven unos a otros, sino que sirven al oro, a la plata y al trigo que poseen. Pero estos ídolos, obra de manos de hombres, no oyen ni ven; el dios de ellos es, por lo tanto, un dios muerto. Si no existiera el Dios viviente que año tras año los colma de bienes, toda esa gente perecería. En pocas palabras: así como son ciegos sus bienes, así son ciegos también ellos mismos, ya que a pesar de tener orejas, no oyen lo que Dios les dice mediante sus criaturas. Si Dios proveyó ovejas que nos surten de lana, carne, queso, etc., y que nos anuncian en su nombre: "El año próximo haré otro tanto", no se abre una sola boca para darle las gracias, y no se extiende una sola mano para compartir con el prójimo los bienes recibidos. Y esto es precisamente el objetivo que quiere alcanzar el Evangelio del domingo de hoy: lograr que el ejemplo de aquel único hombre, curado por Cristo de su sordomudez, nos estimule a todos nosotros a convertirnos en hombres prontos para oír y para hablar. Mas por desgracia, no estamos dispuestos a oír, aun cuando el mundo entero y las criaturas todas nos llenan los oídos con su testimonio, y Dios mismo nos promete tener cuidado de nosotros. Pero el día que ocurra lo que con gran temor estamos vislumbrando, ¡piensa que lo tienes bien merecido!

3. Los hijos agradecidos de Dios son sustentados por su divina misericordia.

Al que tiene oídos abiertos, Dios le ampara en las angustias,

Lo que el impío teme, esto también le acontece. El justo en cambio no padecerá necesidad, pues en tiempos de hambre le sucederá como sucedió en los días de Elías: en aquel entonces, la gente también estaba llena de avaricia, adoraba a sus falsos dioses, y su máximo afán era juntar dinero, cuanto más, mejor; temían que si no lo hacían, se morirían de hambre. Y lo que temían, esto justamente les pasó: todo murió y se perdió. A sus profetas empero, Dios los sustentó por medio de Abdías. Y antes de permitir que Elías pereciera, Dios proveyó un cuervo para que le trajera alimentos. Y una vez que el cuervo hubo cumplido con su misión, Elías llegó a la casa de la viuda de Sarepta que de ahí en más se encargaría de mantenerlo. "Vete", le dice el profeta a la mujer, "prepárame algún bocado, que tengo hambre". "¿Qué quiere que le prepare, buen señor?" le replica la mujer, "no tengo pan cocido en casa; solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una vasija". Mas Elías insiste: "Haz lo que te pedí; pues el Señor me dijo: Vete a Sarepta, allí hay una viuda a la cual le he dado orden de que te sustente". La viuda fue, y he aquí, sus pobres recursos fueron bendecidos de tal manera que el puñado de harina y el resto de aceite alcanzaron para mucho más de lo que ella podía haberse imaginado. Ahí se vio que la promesa de Dios de que "los justos no perecerán" se cumple sin falta. Pero también se cumple lo que temen los injustos, a saber, que su pan se convierta en piedras y su agua en guijarros. Por otra parte, para el presente año se habían pronosticado diversas calamidades, y sin embargo resultó un año nada malo. Tú pues piensa de esta manera: "No quiero mostrarme avaro con mi prójimo ni quiero tener miedo de posibles carestías. El año que viene, Dios volverá a pasar por acá y ayudará a dar a la ciudad el alimento necesario. Por eso compartiré con mi prójimo lo que tengo; ¿acaso no lo he recibido como don de Dios?" ¡Qué alegría sería esto para Dios: alabanza y gratitud elevadas a él, ayuda llevada al prójimo! Pero ¿dónde ocurre esto? En nuestro Evangelio, no obstante, se nos predica en alta voz para que lo oigamos todos: "Las ovejas, las vacas, los árboles en flor os dicen: "Efata". No en vano fue pronunciada esta palabra; incluso el evangelista la puso aquí en idioma hebreo, para que la consideremos una palabra digna de ser tenida en cuenta, y de gran importancia. Su significado es: ¡Todas las criaturas te hacen llegar sus voces; por tanto, abre tus oídos! Y en efecto: siempre hay algunos que escuchan este llamado, como aquel sordomudo al que le fueron abiertos los oídos.

Quien tiene oídos para oír, gime juntamente con Cristo por la ingratitud del mundo.

Nuestro texto añade que Cristo "gimió". Hay quienes dicen que este gemido se debió a que Cristo preveía que el hombre sanado no tardaría en usar su lengua para pecar. No es por esto que el Señor gime, sino porque ve que el diablo tomó posesión tan completa de los hombres que ya nadie es capaz de oír y de dar gracias a Dios. Igualmente, a toda persona piadosa le duele que el mundo sea tan ciego, que todos le vuelvan las espaldas a Dios, le desprecien y deshonren, y que uno engañe al otro. Le duele, y lo considera una verdadera calamidad y martirio, tener que ver y oír cómo las ovejas tienen año tras año sus corderitos, cómo el campo produce año tras año su fruto, cómo Dios hace ver a los hombres su despensa y su cocina repletas con que diariamente alimenta al mundo entero — y no obstante, nadie tiene una mirada, una palabra de agradecimiento para el cocinero y despensero. ¡Y eso que todos podríais regocijaros, libres de preocupaciones; sólo tendríais que ver lo que Dios os ofrece, y aceptarlo! Sin embargo, tenemos

ojos, mas no vemos; orejas tenemos, mas no oímos. Es a causa de nosotros, pues, que el Señor prorrumpe en gemidos. Nosotros somos los que motivamos su gemir, por cuanto por obra de Satanás nos mostramos tan enceguecidos, malhumorados y enmudecidos. Y ¿cuál es el resultado? En lugar de la alabanza que le corresponde, Dios tiene que cosechar ingratitud, desprecio y blasfemias de parte de sus servidores. ¡Y luego nos llenamos de impaciencia cuando los que debieran vendernos el cereal, lo retienen! ¿No veis que Dios castiga así la avidez del uno con la avidez del otro? Con tu codicia te amargas además tu propia vida. Aun cuando la cosecha fracasara tres, cuatro, cinco años seguidos, debiéramos pensar: no hemos merecido otra cosa.

### Resumen final

Dios quiere abrirnos a todos los oídos. Ésta es, pues, la finalidad primordial del milagro, en sí pequeño, hecho en el hombre sordomudo: que sea divulgado ante todo aquel milagro grande de que todos los hombres reciben lenguas para agradecer al Señor, y oídos para escuchar su palabra. ¡Enmiédese, por lo tanto, quien enmendarse quiera! Y tenlo por seguro: ¡lo que tratas de obtener mediante la avaricia, no lo obtendrás! Tú empero, que tienes la facultad de ver, quédate con tu alegría, y déjale al mundo su dolor. Tú siempre recibirás lo suficiente.